$ 3.— m/arg.

SARA DE IBÁÑEZ • HORA CIEGA

SARA DE IBÁÑEZ

# HORA CIEGA



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

# Poetas de España y América

COLECCIÓN DIRIGIDA POR

*AMADO ALONSO* y *GUILLERMO DE TORRE*

***Publicados:***

| | |
|---|---|
| MIGUEL A. CAMINO: | EL PAISAJE, EL HOMBRE Y SU CANCIÓN (Chacayaleras) |
| SARA DE IBÁÑEZ: | CANTO.<br>HORA CIEGA |
| RAFAEL ALBERTI: | POESÍA (1938-1942).<br>ENTRE EL CLAVEL Y LA ESPADA (1939-1940) |
| ARTURO CAPDEVILA: | CANCIONES DE LA TARDE |
| JOSÉ PEDRONI: | EL PAN NUESTRO |
| FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: | POEMAS ELEMENTALES.<br>POEMAS DE CARNE Y HUESO |
| JULIO HERRERA Y REISSIG: | POESÍAS COMPLETAS<br>(*Estudio preliminar por Guillermo de Torre*) |
| CONRADO NALÉ ROXLO: | EL GRILLO. CLARO DESVELO |
| PEDRO SALINAS: | POESÍA JUNTA |
| OLIVERIO GIRONDO: | PERSUASIÓN DE LOS DÍAS |
| EMILIO FRUGONI: | LA ELEGÍA UNÁNIME |
| ANTONIO PÉREZ VALIENTE DE MOCTEZUMA: | SOL EN LA NIEBLA |
| HORACIO REGA MOLINA: | RAÍZ Y COPA (Antología) |
| JUVENAL ORTIZ SARALEGUI: | LAS DOS NIÑAS Y OTROS POEMAS |

S A R A D E I B Á Ñ E Z

# H O R A C I E G A



E D I T O R I A L L O S A D A , S. A.

B U E N O S A I R E S

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723



*IMPRESO EN LA ARGENTINA*
*PRINTED IN ARGENTINA*

A mi Madre

## *HORA CIEGA*

Luto para la rosa.
Negra espina en su sien desventurada.
La flecha melodiosa
del trigo, va enlutada,
goteando noche hasta la mesa helada.

Luto para la abeja
bajo el humo y la sal de la ceniza.
Lastimada y perpleja
su rubia perla iza
entre el escombro que la martiriza.

Fué Dios amaneciendo.
La flor ardió en el llanto, entró en las venas.
La tierra fué sintiendo
un dolor de colmenas.
Y fué la espuma sobre las arenas.

Fué la niebla de oro
subiendo de la viña y del manzano.
Y equilibrado el coro
del laurel y del grano,
su estrella intacta descubrió la mano.

El monte hasta su nieve,
el agua hasta sus mágicos furores;
la nube hasta su leve
respiración de flores;
la selva hasta su sol de ruiseñores,

crecieron y crecieron.
Creció la frente hasta habitar el frío.
Los oídos crecieron
hasta escuchar el río
que corre entre la hormiga y el estío.



Hecha fué la sonrisa
como el ramaje lento del secreto.
El color de la brisa
su material escueto;
relámpagos de azúcar, su esqueleto.

Los ángeles hablaron
con briznas de crepúsculo y granizo;
a la hierba asomaron
el rostro quebradizo,
y el receloso mármol se deshizo.

La flor del hombre, alerta,
subió contra la nieve y el gemido;
y la sangre despierta,
desde su seco olvido
vino a nutrir el germen defendido.

¡Ah, tocar el aliento
que mueve las colinas y abre el día!
Enamorar al viento
con una melodía,
y no temblar de pecho que se enfría.

¿Qué huracán de miseria,
qué nube de embozada podredumbre
ha quebrado su arteria
sobre la heroica lumbre,
y ahoga y hiende al ángel en la cumbre!

¿Qué sordera furiosa
nubla el sagrado acento de la llama?
Su palabra amorosa
sobre escarchas derrama
el labio amargo que a lo lejos clama.

Porque todo está herido
y entre dientes y lágrimas transita.
Madura el alarido
de la bestia infinita
que su antigua tiniebla necesita.

Los ángeles hablaron:
el aire aun quiere defender las voces
que tímidas cruzaron
sus arroyos veloces,
entre amenazas de perdidas hoces.



Vuelven la cara austera
comida por el rayo y la desgracia,
y cierran su frontera
con una pluma lacia.
Mana el desierto a espaldas de su gracia.

Todo gira cortado,
ciego, perdido en sangre, en isla hundida.
Bajo el canto cuajado
ruge la mala herida.
¡Cómo parar esta infeliz huída!

*1941*

## *INVITACIÓN AL COMBATE*

DETRÁS de las tinieblas,
delante, abajo, arriba.
Hasta que vuele el polvo lleno de espinas blancas.
Hasta que el sol levante la hierba sobre el alba.

Abajo, arriba, fuera.
Los órganos escuchan.
Dientes, venas sin eco, uñas en la ceniza.
Pies certeros, calientes palabras sin huída.

Mariposas, al campo.
Alondras, a la brecha.
Venid a hacer el muro, la niebla salvadora.
Combatid, dulces grillos, enamoradas leonas.

La arena abrasa, mares.
Vientos, el mar perece.
Salid, piedras del aire, sacad la boca muerta,
desenvolved al fin las tullidas arterias.

Clarines, sí, clarines.
Ni soledad ni tregua.
Seguidme, arroyos, vamos a quebrar el fantasma.
La raíz en su noche y la miel en su brasa.

Hasta que el grano colme
las desatadas manos
y la herida del fruto no venga de la rama
ni envenene la abeja su conmovida casa.

*1942*



## *SITUACIÓN*

VEO al trigo
creciendo.
Levantando su nube que arquean ternísimas flechas.
Veo al trigo buscando su agonía a la luz de las venas.

Veo al trigo
confuso.
Su espesura de oro jadeante, su futuro de alientos y brazos;
extendido hacia el túnel de sangre que cubre su canto.

Veo al árbol
sin prisa,
preparando los curvos aromas, los verdes gemidos,
el ligero temblor de una fiesta en el viento sumiso.

Veo al árbol
abierto,
extrayendo su entraña segura, su luz sin fatiga,
sus nupciales azúcares lentos, su muerte tranquila.

Veo al agua
esculpiendo
su fragante vigilia, tumultos de flor en su lengua.
Trepadora, minada de bocas, urgida por pechos y hierbas.

Veo al agua
turbada,
construyendo raíces, alumbrando sus pueblos de islas.
Sometida a la rueda del germen su oscura alegría.

Veo al campo
gritando.
Reclamando las viñas, las manos, la avena, las hoces.
Pies desnudos, felices andares, calientes rumores.

Veo el haz
de la tierra.
La gotita de agua que enciende los tallos del trino.
La finísima hojuela que aguarda los blandos hocicos.



Agujeros
y ramas.
Las cortezas, las tiendas del limo, las secretas montañas,
[el viento.
Caracoles, alondras y pumas que no lloran sus hambres
[al cielo.

Veo, sufro,
atestiguo:
cae la herida manchando azucenas, mordiendo los huesos.
¡Infelices criaturas que lamen la piel del acero!

Desertoras
criaturas,
con el beso difunto, desiertos pastores de aullidos,
enterrando en el fúnebre estiércol los panes y el vino.

Sólo, sólo
vosotras
enmendando a la muerte, torciendo la luz de su rostro.
¿Para siempre el temblor, para siempre, guerreros sin ojos?

*1942*

## *SOLILOQUIOS DEL SOLDADO*

### I

ESTOS dientes que suben del suelo...
Nunca tuvo la hierba estos dientes.
Sus bracitos amaban mi rostro,
sus espinas jamás fueron crueles.

¿Qué ojo inmenso me mira sin tregua,
desprendido, cortado en el polvo?
Me atraviesa las manos caídas
y babea su luz en mis hombros.

Este duro descanso en la noche...
Qué rumor enemigo en mis sienes.
Ligaduras de hueso me estrechan.
Las arterias polares me hienden.

Yo no sé por qué orillas me pierdo,
qué frutales me llaman cantando,
por qué estoy en un barro crecido
absorbiendo lamento y gusanos.

Yo tenía una casa en el viento,
con oídos, con lengua, con ojos.
Me cortaron un tallo de sangre.
Nos secamos los dos sin reposo.

Yo podía mojar mis cabellos
sin la mugre del odio, tranquilos.
Sumergir mis rodillas cansadas
porque sí, porque el mar era mío.

¿Quién gobierna mis miembros amargos?
¿Qué serpiente disfraza mis besos?
Un profundo silbido me azuza.
Como una ácida bestia obedezco.

He prestado mi entraña sin quejas.
No me quiero morir tan extraño . . .
Recomienza mi antigua paloma
y el fusil se me borra en la mano.



## II

Quisiera abrir mis venas bajo los durazneros,
en aquel distraído verano de mi boca.
Quisiera abrir mis venas para buscar tus rastros,
lenta rueda comida por agrias amapolas.

Yo te ignoraba fina colmena vigilante.
Río de mariposas naciendo en mi cintura.
Y apartaba las yemas, el temblor de los álamos,
y el viento que venía con máscara de uvas.

Yo no quise borrarme cuando no te miraba
pero me sostenías, fresca mano de olivo.
Estrella navegante no pude ver tu borda
pero me atravesaste como a un mar distraído.

Ahora te descubro, tan herido extranjero,
paraíso cortado, esfera de mi sangre.
Una hierba de hierro me atraviesa la cara...
Sólo ahora mis ojos desheredados se abren.

Ahora que no puedo derruir tu frontera
debajo de mi frente, detrás de mis palabras.
Tocar mi vieja sombra poblada de azahares,
mi ciego corazón perdido en la manzana.

Ahora estoy despierto. Nacen al fin mis ojos
pisados por el humo, agujereando arañas,
duros estratos de algas con muertos veladores
que sin cesar devoran sus raicillas heladas.

Y te cruzo despierto, fiero túnel de ortigas,
remolino de espadas, vómito de la muerte.
Voy asido a las crines de un caballo espinoso
que vuela con ciudades quemadas en el vientre.

Voy despierto, despierto y obediente a mis manos,
con un río de pólvora cuajado en el aliento,
ahora que estoy solo y enemigo del aire,
seco, desarraigado, desnudo, combatiendo.



## III

Dije a mi hermano: hermano, desabrígate el pecho,
yo vengo a descuajarte las sombras de la abeja.
Vengo a talar tus bosques, tus arroyos, tu viento,
y a mojar en tu herida mi corona de piedra.

Tú no me has ofendido, rubia sal de otros mares,
sangre como mi sangre, guardadora de viñas.
Tú estabas allá lejos, haciendo los cereales
y no manchó mi puerta tu voz desconocida.

Tú no me has ofendido, y estabas señalado
antes que mis palabras te tocasen el rostro.
Yo vengo a despojarte de nubes y de hijos
y a beber para siempre tu corazón copioso.

## IV

Vienen los caracoles arrastrando mis ojos
caídos a la orilla del mar, cuando las algas.
Los ebrios caracoles con venillas de yodo
suben por los desiertos que aíslan mi garganta.

En mi cabeza fría se está durmiendo un buque
con marineros blancos de ademanes remotos.
Mueven pesadas balas, corazones de azufre,
masticando banderas y lágrimas de plomo.

Rodeado por un bosque palpitante y nocturno
con eléctricas bocas que la piel me recuerdan,
crezco implacablemente hacia un álamo duro
clavado en un secreto meridiano de arena.

Yo me borré del pecho los nardos rumorosos.
Donde habitó el abrazo quise hospedar las llagas.
Hierro, hierro mi lengua. La sangre que ya ignoro
por un árbol de hierro daba mortales ramas.

Y mi voz está lejos, encima de las piedras,
secándose y cantando como un arroyo herido,
corriendo sobre dóciles músculos de azucena,
tan pálida que el aire ni siquiera la ha visto.

Cabellera en el viento, mi paso entre las nubes.
Rincones con mis huellas, sonrisas con mi rostro.
¿Qué brusca nieve seca y aguzada lo cubre?
Vuelan mis dientes, vuelan mis enconados hombros.

Baja mi viejo llanto por un ahogado muro.
Perros desconsolados lamen mi mano abierta.
Con todo el mar pegado a las espaldas vuelvo.
Reconquisto en mi frente una espada de almendra.



V

A mis espaldas crece ácido pino.
Nutre su espuma cruel mi amor cobarde.
Las nubes huyen de esta nube que arde
y hace al revés mi fúnebre camino.

Con un disfraz de pájaro, asesino.
Ciego, infeliz, sin ángel que me guarde.
El cielo llega a detenerme, tarde,
podrido de valor, héroe mezquino.

Es preciso caer, quemar jardines
movidos por la sangre enamorada.
Ahogar la bestia entre los querubines.

. . . Ya sube por el aire el rostro fijo,
la rosa inmensa, la ciudad quebrada
que me muestra los huesos de su hijo.



## VI

Es necesario herir, cortar las venas,
entrar al rayo, al frío, a la serpiente:
pisar frescos veleros en la frente,
morder la brisa, el canto, las arenas.

Porque crecen recónditas cadenas
del río al campo, al cielo indiferente,
del pez al pan, al olivar ardiente,
de los muertos al aire, a las colmenas.

Crecen los derramados eslabones.
Crece un trono disperso, un mar idiota.
Su espuma cruel devora las gargantas

abriendo secretísimos halcones;
invade, sube, con la boca rota
y escupe sobre Dios las duras plantas.



VII

Por las puntas de mis nervios gotean las golondrinas.
Toda en el aire mi sangre consume su madreselva.
Cesó la dulce creciente cercada por la ceniza
y en los huecos del verano se está durmiendo mi lengua.

Hacia una estrella salada que organiza sus edades,
descienden blancas raíces de mis rodillas abiertas.
Ya no crezco hacia las tórtolas, hacia las nubes caudales;
retrocede antes del viento mi flaca flor sin abejas.

Yo dejaba andar tranquilo mi corazón por el musgo,
cubrirse entre el heno ardiente de rubios escarabajos.
Dejaba andar por el río mi alegre sombra de junco,
y en el celo de las viñas dejaba crecer mi llanto.

Amé en mi azahar humilde sus rostros desconocidos.
El rumor de los panales detrás del cielo cerrado.
Sumé la voz de la tierra en el sabor de mi trigo
y sufrí todas las bocas para su fuego liviano.

Yo amaba la luz del hombre y hube de azotar su rama.
Pisé el sitio en que las nieblas pueden ocultar al ángel.
Entre las duras espigas donde encalló mi garganta,
plumas de azarosas mieles vistieron mis agrias carnes.

Con una nube rebelde pegada al rostro corría.
Garras y picos de azúcar, hierbas de afligidos mares,
vinieron a mí temblando, me entraron por las heridas
y debajo de mis ojos borraron los manantiales.

Cortado fuí para el polvo. Por encima de mis sienes
los vegetales alcanzan su muerte de filo blando.
En mi ejercicio de humo hallé la sangre obediente
y alrededor de mi acero cuajó la tromba del nardo.



Merezco la llama hundida que el seco panal esmalta,
la dispersión de mis venas entre sus duros enjambres.
Cortado fuí más abajo de las raíces del agua
para los ciegos caminos que no se acuerdan del aire.

Arenas grises me arrastran, me destierran de las eras;
no me tocará el rocío, ni el pan me abrirá su lumbre.
Merezco la roca huraña que al pez antiguo encadena.
Los frescos pies del espino de mis turbios huesos huyen.

## VIII

Talado, dividido,
tropiezo con las hojas alegres, con la niebla,
con la llaga más blanca de los corales vivos,
con la resina amarga que el cedro manifiesta.

Caigo entre los ardores
que levantan al grillo sobre la vid nocturna,
entre los dulces tallos que miman tiernos soles,
donde mi sangre apenas gobernada se curva.

Mi antigua mano esclava,
transida por los tréboles y las guijas fugaces,
floja, entre lentos picos de nieve entrecortada,
sin raíz en mi llanto, huye, renuncia al aire.

¿Qué torbellino eriza
mis palabras disueltas en quebrados estambres?
¿Qué rizo de la espuma blande por las orillas,
entre saladas muertes, mis viejos ademanes?

Árboles tensos giran,
se remontan heridos en su más pura alondra,
y hacen el remolino donde sangra y respira
la boca sin zorzales que traduce mi sombra.

Tiendo los brazos huecos,
la cara hueca enfrento a los perros tranquilos,
cruzo por las palomas iguales al desierto,
llamo por todas parte y soy desconocido.

Duelen los pechos claros
por donde trepa el musgo y amanece la oruga.
Me pesan como un cielo prendido a mi costado
y alimentan sin tregua la nube que me anula.



Me escucho en los gemidos
que vienen de los mares donde los peces lloran,
en el temblor que encoge los miembros amarillos
y atrasa la sonrisa del maíz y la ola.

No puedo recobrarme,
tomar mis pies hundidos, mi lengua deshojada,
y entrar en aquel tiempo cerrado de mi sangre
para escuchar el libre rumor de mi garganta.

*1941-42*

## N I Ñ O S

*(En la guerra)*

Ellos también, extraños, cruzados por el ángel,
cercados todavía por un lirio profundo.
Mirando desde lejos, temblando desde lejos,
como las bestezuelas que ven subir el humo.

Ellos también, marchando debajo de los mares,
debajo de la tierra comiéndose las alas.
Curioseando sus llagas, donde la muerte pía,
sus amarras de leche roídas por la escarcha.

Ellos también, sorbiendo por las flacas raíces
veneno incomprensible, desiertos paraísos.
Ellos hacia una espiga limada por el llanto,
quebrado ya su pecho, su resplandor tardío.

Ellos también, quemados por las hinchadas lunas
que suben de los charcos donde se pudre el alba.
Detenidos, ahogados por violentos cipreses,
arrastrando sus largas palomas oxidadas.



## *ADOLESCENTES*

Los inventados barcos sin cañones, sin mares,
alzados en el musgo o a la orilla del viento.
Arduas navegaciones, delfines de madera
y batallas cortadas con un beso.

Tan cerca todavía del inerte caballo
que relinchaba en sueños erizando las bridas,
cuando entraban al río con la frente indefensa.
Tan detrás de la muerte la sonrisa.

Apenas despegados de la rama, mostrando
sus pieles transparentes las cicatrices nuevas.
La mitad de los ojos obediente al acero;
la otra mitad, jugando entre la niebla.

Divididos, huyéndose, un escorpión y un ángel
les acaban el pecho lleno de cerraduras.
Ni la tierra ni el cielo, el más quebrado exilio,
el más punzante pan sus lenguas busca.

*1941*



## *AVIADORA*

SUBIÓ el cruel oleaje, endurecido
con la joven corona de los muertos,
hasta tu frente amiga del alisio,
regida por la espuma y el almendro.

A la orilla del ángel se detuvo
tu creciente frutal, y te volviste
porque tiraban de tus hombros puros,
pesadas plumas y cadenas grises.

Escuchaste doblada hacia tus venas.
Otoños repentinos te llamaron,
y devolviste a la delgada cierva
sus ojos de cristal enamorado.

Quebraste el cielo de las golondrinas,
y la más dura estrella de la nieve
usurpó a las abejas tu sonrisa,
y a las colinas tu mirada verde.

¡Qué siega brusca sorprendió tu brazo,
niña, niña del aire, rosa armada!
El fusil en tu hombro está llorando.
La muerte se avergüenza en tu garganta.

Pero tú vas a herir, te han despertado.
Tus veinte alas buscarán el humo,
y caerás como río voluntario
entre las eras y el desierto oscuro.

Cortaste la raíz de la mañana,
y después del temblor, tu puño débil
entró en un duro caracol de escarcha
para huir de zorzales y claveles.



Renunciaste a la espiga amenazada
y al canto devorado por el trueno,
y al arroyo, ascendiente de tus lágrimas,
que dejaste dormido en el ciruelo.

Buscando el manantial de las heridas,
tu máquina celeste alumbra el aire.
Quieres parar el rayo de ceniza
que te ahogó los jardines en la sangre.

Te quemarás los hijos en el pecho.
Tu corazón cerrado los custodia,
y nos les hendirán los pies del hierro,
niña del aire, la desnuda boca.

Vas a reconquistar para otras frentes
el íntegro laurel y el pan ileso.
Todas las llagas por nacer te duelen,
y tú vas a borrarlas con un vuelo.

Caerás reconocida por el llanto,
por tu nube de anémonas perdidas.
Y de tus huesos brotarán, temblando,
el bosque antiguo y la paloma fría.

Niña del aire, acaso te recobres
en tu espiga inicial nublada apenas,
y midan con el tiempo de las flores
su regreso, tus sienes de guerrera.

*Mayo de 1941.*



## *CAÍN*

### I

*(El Mar)*

El pecho derramado,
huyéndose castiga las riberas.
Cuaja en gaviotas de ateridos huesos,
su amarga lengua.
Ceñido está, clavado en su secreto.
La muerte vela.

Alguien corta la espuma.
Su nácar suspirado se destrenza.
Su delgado panal el fuego atisba
por las banderas.
El humo invade su ágil geometría.
La muerte vela.

Peces despavoridos
gimiendo eluden la voraz tormenta,
la sucia nube, el extranjero rayo
que la gobiernan.
Cultivan ebrios su temblor salado.
La muerte vela.

Pegados a su cara
y abrasando el silencio de sus venas,
con un racimo cruel de verdes besos
dormidos yerran.
Dormidos sin querer manchan el cielo.
La muerte vela.

Alza su crespo grito
erizado de conchas y de hierbas.
Lleno está el viento de mordidos ayes,
de sangre lenta.
Clama el mar por sus viejas soledades.
La muerte vela.



II

Tu corazón estaba oscuro
y fresco el barro de tu frente.
El ciego aroma de las raíces te halló desnudo.
Cerca del agua tu mano abría su musgo alegre.

Caín, tu fresco barro ardía
con el silencio de las parvas.
Tus dulces venas alzaba el eco de las encinas
y en el rocío tu dócil lengua se clausuraba,

Cerrado al aire de la esfinge
y al duro aliento de las flechas,
lejos del iris guardaba el bosque tu pecho firme.
Tu boca humilde cogía el premio de sus fronteras.

Salía frágil la mañana
de los arroyos de tu paso.
Limpio dormías en tu llanura, varón de savia.
Como una abeja pesaba el cielo sobre tus labios.

Ayuno estabas de pregunta.
Fuera del llanto detenido.
Te limitaba tu piel caliente como a las frutas
y no elegía la luz ni el grano tu amor sumiso.



## III

Quiso el alba tocarte
y no reconoció, Caín, tu cara.
Le buscabas los dientes a tu estrella.
No viste el alba.
Estrenaba, tu sangre sin tormentas,
uñas y alas.

Tu pie quemaba el aire.
Tu armadura animal golpeaba el cielo
y hundías en las vísceras del monte
tu ajado aliento.
Asomado a las nubes y a los bordes,
ibas despierto.

Es que tu lengua hacía
los duros nervios de su lis rabiosa.
La flor ahogada su violento polen
cuajó en tu boca.
Se turbaron las médulas del roble.
Calló la alondra.

Los cedros sorprendidos
que en el espejo de tu piel se amaban,
vieron sangrar las puntas de sus hojas
en tu mirada.
De pronto, abiertas como heridas sordas,
te iluminaban.

Ya andaba tu cabeza
por las altas espinas combatiendo.
La corona del trigo quebrantaba
tu paso nuevo
y sobre el resplandor de tus sandalias
lloraba el heno.



## IV

Tu corazón flotaba libre,
verde panal, isla cerrada.
La cauta ola clavó en sus bordes blancas raíces.
Pobló tu sangre la muchedumbre de hundida cara.

Cuando tocaste el fiel sarmiento
que unía tu boca a la abeja,
tus pies al junco, la nieve al sordo pan de tus huesos,
tus manos puras al denso rizo de las culebras,

cuando empinó la rosa arisca
su blando fuego en tu garganta,
y por tu idioma volaron ríos y golondrinas,
y el polen tierno cambió en tus ojos la luz postrada,

supiste entonces, barro nuevo,
la división de tus arterias.
Viste al gusano roer la dura miel de tus dedos,
la gran vigilia que levantaba tu boca muerta.

Viste tu selva y tu paloma.
Mordiste tu primer guijarro.
Llena de lágrimas, en el invierno cayó tu sombra.
La tierra abría su fresco vientre bajo tu mano.



## V

¿Por qué, Caín, abriste
a los chacales de velluda zarpa,
más puertas que a la lluvia y a los lirios
de tu montaña,
y dejaste crecer al enemigo
que te nublaba?

¿Qué hierro innecesario
en tu vigor de olivo se escondía,
y estiraba sus pálidos guerreros
de lengua esquiva,
hasta quebrarte en la raíz del pecho
la exacta fibra?

¿Por qué escondiste el rostro
cuando volvió tu nombre de las hierbas,
y encerraste en las dóciles orillas
su imagen vieja?
Goteando helada herrumbre, tu sonrisa
entró en la niebla.

Se ahogaron en tu sangre
las tórtolas, los gamos transparentes.
Invadieron tu piel desventurada
oscuros peces,
y humilló tu cereal su tierna llama
bajo sus vientres.

Hambriento entre tus panes
devorabas la sombra de tu reino.
Caían de tus hombros y tus sienes
panales secos
y a tus espaldas míseros laureles
movía el viento.



## VI

Caín estaba herido y solo,
lleno de hinchadas madrigueras.
Sus ademanes iban borrando salvias y arroyos
y por sus flancos arqueaba el tigre la rosa ciega.

Pájaros de tierra transida
punzaban su frágil retorno.
Fantasmas fieles entre sus huesos se defendían
y levantaban sordas espumas hasta su rostro.

Lo devoraba su isla triste
creciendo por los bordes vivos.
En vano alzaba jadeando al viento de los neblíes
entre marchitas lenguas de lluvia su ángel raído.

Erizados como sarmientos
los fríos rumbos de su carne,
retrocedía frente a su estrella de insulso fuego,
buscando a tientas muertos sabores bajo su sangre.

Con el corazón estancado
a la altura de la vendimia,
postrado el surco por la renuncia de los manzanos,
cerraba arisco sobre sus llagas un cielo en ruinas.



## VII

¿De dónde vino el golpe
oscuro a corromperte la sonrisa?
Se te quebró la curva del abrazo
y el ala limpia.
Tu voz cambió por témpanos y cuarzos
su blanda espiga.

El ángel que paseaba
feliz por la costumbre de tu fiesta,
goteando abejas de ceniza, invade
la nube atenta.
La mitad de tu llanto y de tu sangre
moja su huella.

¿Por qué abriste tu oído?
¿Por qué dejaste circular el rayo
por las enredaderas y los brezos
inmaculados?
¿Por qué escuchaste idiomas prisioneros,
prohibidos cantos?

¿Quién hizo tu fantasma,
y separó tu pecho de tu pecho
poniendo a un lado el amoroso enjambre
y al otro el yermo?
Ningún camino entre tus dos andares:
vivos y muertos.

Levanta esa paloma
que en las orillas de tu sien jadea.
Salva el ramo de trébol y rocío
que ella te acerca.
La sombra lame el apagado pico.
Salva tu ausencia.



## VIII

Lívido arcángel, dueño oscuro
de los callados resplandores.
La piedra abierta, los desgarrados ciervos, el humo,
todo en la antigua sed de tus huesos caído y pobre.

Pasó, Caín, tu suave hermano.
Tú, sin tu sombra y por lo ajeno.
La musculosa luz de las viñas le ornaba el brazo
y de sus hombros volaba el rastro de los corderos.

Viste yacer en su mirada
ángeles mudos con tu rostro.
En sus cinturas una gavilla se destrenzaba.
Lentos ganados comían hierbas entre sus ojos.

Guardaba el cielo en bronce y nardo
los pies lucientes de tu sangre.
La rama fresca de sus caminos crujió en tu mano
y el fruto muerto cayó en tu boca doblando el hambre.

Se alzaron las eras podridas
hasta caer sobre tu espalda.
Echaste a andar por el incendio de tu agonía.
En Dios desnuda y en Dios perdida, tu sombra aullaba.



## IX

Desierta criatura,
tu larva de cometa amenazado,
punzadora, en la cresta de las llagas,
abre tu paso.
Sube el clamor del fuego hasta mi cara.
Te escucho, hermano.

Duermes bajo los huesos.
Te agazapas fluvial y oscurecido.
El limo de las médulas arrastra
tu espeso grito.
Su creciente coral arde y estalla
sordo en mi oído.

Aquí estás, aquí estabas.
Tu mano agobia el resplandor del surco.
Tu aliento arruga las abiertas hojas,
devora el musgo.
Tu sandalia de sal sobre mi boca
apaga el mundo.

Abel pliega su sangre
y se acuesta a morir entre sus perros.
La profunda matriz labró en tus manos
el rumbo ciego.
Caín, oigo el descenso de los llantos.
Aquí te veo.

Te hundirás en el humo.
De nuevo tu semilla entrecortada
irá a dormirse en las secretas fuentes
alborozadas.
Largo es el cielo: arráncate las sienes,
y otra vez, baja.



## X

*(La Tierra)*

Retroceden los manantiales
con todas sus nubes intactas,
hacia la tribu que en seca noche duerme sus hambres
y aprehende oscura los mudos rizos de sus gargantas.

Llora la tierra por sus brotes,
por sus cortezas invadidas.
Su nardo tiene labios de queja, su pino encoge
pechos futuros bajo la escama de miel antigua.

La tierra quiere anclar su vientre,
borrarse los quemados ojos.
Le duele el duro racimo que abre la abeja urgente,
y el canto extremo que sale herido de los escombros.

Hiende el tumulto de las yemas
un pie larval que escupe el aire.
Por los sagrados olivos rondan oscuras lenguas.
Su rastro engrilla la luz guerrera del fruto en trance.

Llora la madre sin cansancio,
quiere olvidarse de su espiga.
La muerte coge la flor por dentro, detiene el canto
como a un infante bajo las aguas estremecidas.

*1941-43.*



## *LOS PÁLIDOS*

### I

VINIERON a decirme:
ahora que eres de sal y dura nieve,
nube y espiga firme
que a padecer se atreve
el huracán que nuestro aliento mueve.

Ahora que estás de río,
de puro cedro, de azucena oscura,
y costumbres de frío
dice tu piel madura,
vas a tocar el rayo que perdura.

Vinieron a golpearme:
los pálidos golpearon en mi oído.
Vinieron a llamarme
desde tan alto olvido,
con tanta luz su acento defendido,

que necesario fuera
morir y más morir, estar muriendo,
para coger la fiera
palabra que bullendo
viene a mí desde mares que no entiendo.

Sería necesario
morir de rosa, de sapiente espiga,
agotar el ovario
de la exacta enemiga.
Morir paloma, miel, brezo y hormiga.

Por estrellas tan crueles,
qué temblores de hoja me asesinan.
Qué secretos laureles
el pecho me calcinan.
¡Qué celestiales flechas me adivinan!



II

Esa nieve que sube
mariposas de tímido aleteo.
Ese frío querube
de borrado deseo
que en la garganta trémula paseo.

Esa liana constante
de agua negra, de flor, de herida hilada;
esa liana tirante
de espuma enamorada,
a las raíces de mi voz atada.

Estas hojas inquietas
buscando en mí sus células esquivas,
sus edades secretas.
Estas ausentes vivas
ardiendo en mis tinieblas sensitivas.

Este anillo, esta rueda,
estos planetas de órbita alevosa;
ocultos en mi seda
su huracán y su rosa
y el arco de su llaga tempestuosa.

¿Eres tú quien gobierna
esta invasora miel, este sentido
de luz mortal y tierna?
¿Eres tú, distraído,
volcándome la muerte en el oído?

¡Eres tú! gobernando
mis corales, mis nieblas zumbadoras.
Tú, que llamas quebrando
la frente de mis horas,
¿no ves la pobre celda en que laboras?



III

Donde el águila extiende
su dalia de oro por la roca enjuta,
y su secreto enciende
la inmaculada ruta
que a los delgados líquenes enluta.

Donde bestias extrañas
se labran balbucientes corazones,
y lúcidas entrañas
en frías estaciones
cortan los pausadísimos ciclones.

Donde el insecto agudo
su llama urgente en el peligro dora,
y su vientre desnudo,
que la muerte decora,
su frágil raza cubre y elabora.

Donde el tigre se acuesta,
donde padecen hierbas encendidas
la presión de su fiesta.
Donde son corregidas
con una mariposa las heridas.

Donde la tierra ordena,
con tranquila matriz y limpio acento,
el cristal de la avena
y el rumor del aliento
que sube del puntual alumbramiento,

tú miras. Desde lejos
ves el dulce universo que diriges.
Y mis labios perplejos
con tanta vida afliges,
y entre todo temblor, mi pecho eliges.



## IV

Pálido, soy contigo
para el largo panal y el diestro fuego.
Por la niebla te sigo,
entro en tu hálito ciego
y a tus espinas de violín me entrego.

Mírame en mi flaqueza,
fibra de humo y hueso del suspiro.
Endulza la rudeza
de la órbita en que giro,
de esta copiosa estrella en que respiro.

No me niegues tu cara,
resplandor y frontera de mi herida;
porque si se cuajara
tu rosa interrumpida,
si fuera tu paloma detenida;

si tu hierba cortada,
si sufriesen tus águilas clausura,
si cayese quebrada
la pálida escultura
de este mar que en mis manos se aventura;

si tu voz no mordiera
con lágrimas y espumas mi garganta,
esta celeste fiera
que mi sangre levanta
y alcanza tu sonrisa cuando canta,

de granizo y arena,
de miserable témpano secreto
haría su cadena,
hasta que un aire quieto
te volcase en la boca su esqueleto.



## V

Rosa de sal, espuma,
brasa de verde miel y ácido diente,
abierta entre la bruma
que sustrae mi frente.
Rizo del mar, cintura de corriente.

Acata tus latidos
mi carne ciega y no pregunta nada.
Fiesta de mis oídos,
mi garganta postrada
no puede alzar tu alondra derramada.

Mueven mi lengua impura
los nervios de un clavel que busca el viento;
y apenas le asegura
la nube de mi aliento
el fantasma de un frágil nacimiento.

El cedro que resiste
a su lejana lluvia y su colina,
la mirada me viste
y el pecho me ilumina
con fragantes estrellas de resina.

Una gran selva crece
rompiendo mi caliente calavera.
¿Mi sangre te merece,
huracanada hoguera
que levantas mi muerte hasta tu esfera,

y bajas en confusa
deserción tus secretos meteoros,
un pueblo que rehusa
los funerales oros
y ahoga en mí sus balbucientes coros?



## VI

Contra blancas cortezas
que acorazan mi rostro en su vigilia.
Contra heladas malezas,
la secreta familia
del fuego, en dalia y en clavel me auxilia.

Pero vienen temblando
del fondo de mi tierra transparente.
Avanzan custodiando
su sonrisa naciente
y se me quedan muertos en la frente.

Ramas de tierno cobre
desenvuelven mis ojos con premura,
y de mi voz salobre
sale una criatura
borrada, con un alga por cintura.

Comprendo que agoniza
la fiesta del cereal. Mi sangre huye.
Un árbol de ceniza
la empuja y sustituye.
Hacia la rosa y el jaguar refluye.

El sitio de la nieve
me encierra entre palomas agresivas.
¿Hacia dónde me mueve
este arco de aguas vivas
donde mis libres plantas son cautivas?

No quiero defenderme
del frío mineral en que me hundo.
Voy despierta a perderme
en el iris profundo
y un corazón de aciaga perla fundo.



## VII

En mi luz se concentran
pueblos de nácar, gérmenes marinos.
Los seres que no encuentran
sus cuerpos cristalinos
trazan entre mis venas sus caminos.

Se fatiga la rosa.
Cede su ámbito tierno a los metales.
Donde la mariposa
quemaba sus caudales
empieza a abrir el cuarzo sus panales.

Al diamante resumo.
Entro en el rayo de espumoso frío.
Toda mi sangre sumo,
corroboro su río,
y lo renuncio en su perfecto brío.

Mi partida se fragua
donde comienza el ramo de los mares.
Con la boca del agua
diré a los olivares
los informes secretos seculares.

Me tocan las raíces.
Viajan hacia mi pecho las orillas.
Las hierbas infelices
estrechan mis rodillas
y si las miro brotan las semillas.

Nazco secretamente:
el color de las hojas me revela.
Se dividen mi frente
el trigo y la gacela,
y en quebrado rumor mi lengua vela.



## VIII

¡Oh ser de sufrimiento!
¡Oh lava en los claveles detenida!
¡Oh delgado lamento
de flor enloquecida!
¡Oh cementerio en brasas de la herida!

Un golpe de cuchilla.
Una hoja fugaz que el aire mueve.
La alta esfinge se humilla
sobre la aguda nieve.
Un jadeo de alondras la conmueve.

Porque mira mi boca
salir del polvo en resplandor florido,
quiebra la invicta roca
su secreto latido
y me roza las plantas su gemido.

Su desabrida ciencia
me fué amoroso ramo, miel temprana,
sal de oscura obediencia
y paloma liviana
sostenida en mi voz cada mañana.

Ni llanto ni castigo,
ni espina en la garganta miserable,
sino pudor de trigo
y manzana impecable,
grano de fresco cielo perdurable.

Todo vino sin mengua:
las víboras, la sangre, los venados.
Todo llega a mi lengua
por caminos ahogados,
por tímidos arcángeles sellados.



IX

Por este pie que engarza
siempre en la misma huella el sol preciso:
un ágil pie de garza
en su coral sumiso
y la estrella juncal que ahogarse quiso.

Por esta melodía
que turba el hueso y sangra resplandores:
la garganta que pía,
sus confiados clamores,
la humilde flauta abierta entre las flores.

Por estos ojos vanos,
castigo de arrecifes y fronteras:
la luz de los milanos,
la sal de las panteras,
la confianza del mar en sus riberas.

Por estas manos grises
quemadas por la siega y divididas
en ruego y cicatrices:
las garras distraídas
a las perfectas hambres sometidas.

Por este llanto ambiguo,
raza de espinas, yermo voluntario:
el fulgor más antiguo
del témpano corsario,
su azul y pertinaz vocabulario.

Cámbiame en brizna, en río,
pálido de las muertes jubilosas.
No me anula tu frío,
no me espantan tus rosas.
Renazco en tus entrañas poderosas.

*1941-42.*



## *REGRESOS*

### I

ENCUENTRO muchas veces el rostro de paloma
que andaba por mi sangre mordido y ceniciento,
tan cubierto de musgos seculares, que apenas
reconoce su mapa mi corazón, llorando.

Extrañas hojas saltan gimiendo, amargas luces
hacen delgadas flechas, y alumbran fríos huecos
donde entre mis antiguas lágrimas resplandecen
esqueletos de miel y coronas partidas.

. . . Viene por los relámpagos que hacen temblar la nieve
cuando cesa la dulce respiración del pino;
por las enredaderas que turban el verano
y las abejas tristes que sombrean mis ojos.

Casi no besa el aire, su rosa vagabunda,
su rosa con oídos, su caracol distante;
la noche que protege su detenida ola
levanta mis cabellos de tormentosa espuma.

No puedo recobrarte sino para el suspiro,
juventud de mi llanto, herida que me nublas,
trigo cierto y profundo que vuelves con el hielo,
o con los abrasados ángeles que me hostigan.



II

Por esta puerta de violeta herida,
por esta cerrazón de miel oscura,
repentina y volcada hacia lo muerto,
entro en la rosa dócil de la tarde.

Viene el viento de lejos, el tendido
bajo salvias remotas y vellones;
una espiga le cruza el pecho blanco
y de su olor sale mi voz desnuda.

Pies en el agua sobre rocas tristes.
Mínimas, devoradas criaturas
en el limo caliente abriendo lirios
a la orilla de un sueño sin fantasmas.

Los ojos de la muerte están abiertos.
Salen por ellos hierbas conmovidas;
le brotan por el cuello y por la boca
buscándome las manos desviadas.

Desaparezco en fuegos lastimados,
en remolinos de violín furioso.
Y he girado, rompiendo mis estrellas,
en torno de una lágrima ya fría.



## III

Qué polo desoído, qué sal antigua llega
abriendo las gargantas nocturnas a golpearme.
Mi cara ha recobrado su máscara de río.
Piedras azules, peces, hierbas vivas me ahogan.

Del pecho me ha salido un ramo de senderos,
hacia una dulce nube que custodia el verano.
Naranjo alerta, nunca tu azahar fué vencido.
Resuenas en mi sangre, blanca ciudad de abejas.

Camino por las venas de un aire sumergido.
Por los alrededores del ruiseñor y el musgo.
Toco los transparentes tallos de la sonrisa,
los ojos de una hora que no quiere morirse.

Camino entre las llamas del trébol. Voy haciendo
mi turbia mariposa, mi indescifrable herida.
Me asisten los celosos latidos vegetales
y el temblor de la tierra dice mi boca oscura.

Escucho a los fragantes dormidos levantarse,
abrir su muerte tierna para habitar mi oído.
Campanas de agua vieja mecen mi voz delgada
y hay un tiempo de niebla que devora mi día.



## IV

Sale la mar vestida de azahares.
Diez ángeles azules la acompañan.
Lleno de escamas rubias está el aire
y el árbol tiene un caracol abierto.

Diez ángeles dibujan en la arena
las batallas del trino y de la nieve
y golpean los pechos de las piedras
hasta que sale a responder la rosa.

Diez ángeles navegan por el cielo
entre olivos de azufre y algas negras.
Entran en la paloma y el milano;
desde sus carnes enemigas cantan.

Diez ángeles pasean por los montes
su pluma turbulenta, su miel fría.
Van con el mar de corazón cerrado.
Pulsan un fuego de secreta estirpe.

Asida voy al viento de su marcha.
La flor del mar en mi garganta gime.
Entre la luz y las raíces tibias
voy sonriendo a mi primera muerte.



V

Mi cuello entre tus nubes, palomar encendido
que a mis heridas vuelves por la ruta del nardo.
Levanto, para verte, los cristales salobres,
la fría muchedumbre que me inclina los hombros.

Porque no estoy desierta como el grano de hierro
que gime cuando toca los gérmenes calientes.
Resisto con abejas la ceniza enconada
y en mis venas cantando palidece el rocío.

Por eso te comprendo, criatura fragante
borrada por la espuma y el color de la queja;
y sé llorar tus nieves, tus caminos seguros,
tus ciudades que crecen en el fondo de un lirio.

Habla con una alondra tan tímida tu sangre...
Entre dos cielos de agua, tan velado tu aliento...
Ser de idioma orgulloso, calcinas al gusano
y ondulas preparando las mareas frutales.

Pero la flecha curva gira sobre su fuego
y apenas si me hiere su atmósfera de espinas.
Sube un muro jadeante contra mis manos secas...
y otra vez en la brisa la urgencia de mi paso.



VI

La mariposa abierta en la mañana.
Su escudo entre mi pecho y la tormenta.
Su breve luz de arterias balbucientes
fuera de las raíces me acompaña.

Los graneros del polen en mis sienes.
Lebreles de oro ciego hacia mi boca
cruzan un verde corazón de nube
y un aire frágil que mi pie gobierna.

Todos los bosques suben a mirarme.
Sufre su sal de pájaros mi lengua.
Pero la espada blande todavía
su duro arroyo fuera de mi sombra.

Tierra liviana lejos de la tarde,
las quemaduras del clavel merezco.
La raza amarga de mis voces calla.
Cardos y avispas de neblina duermen.

Calzo tu resplandor, almendro triste.
Dulce bestia marina, abre tu pecho.
Voy a entrar en tu piel, manzana fría.
Reconozco mis manos de hace siglos.

*1941-42*



## *PASIÓN Y MUERTE DE LA LUZ*

A ROBERTO

I

HIERBA, di tú mi signo y mi tormenta.
Modélate en mi voz, grano de trigo.
Liberta en oro y aire al enemigo
que el más secreto pez de sangre enfrenta.

Monstruo de miel cerrada me alimenta
y la inconclusa flor crece conmigo.
Esperando la muerte sin testigo
tocar los huesos de la luz intenta.

Tradúceme esta llaga sin salida,
escritura del mar o movimiento
de cristalinos gajos en huída.

Asume, zarza, el pálido lamento.
Y tú, rosa del agua, distraída,
desmenuza este rostro por el viento.



## II

Con un caballo de orgullosa espuma
a donde el mar levanta su destino,
que al arqueado relámpago del lino
el rizo amargo de la perla suma.

Sin que el cielo la boca me consuma,
sin regresar al manantial marino,
prisionero en la nieve, mi camino,
o destrenzado en sollozante bruma.

Con la seguridad de las espinas
y el limpio arrojo con que el pez dispara
su quemadura en las desiertas minas,

impune al largo viento doy la cara,
cargado de azahares y colinas
el pecho que me acerca y me separa.



III

Alrededor del arce y del romero.
Sobre espuma de linos y zorzales.
Por un rizado aliento de corales.
Cercando el resplandor del duraznero.

Sobre el polo del cuarzo prisionero.
Sufriendo nieblas de floridas sales
y repentino golpe de panales,
en las alturas de la queja, espero.

El caracol de tierna boca, herido,
no elude el riesgo que a su nácar tiende
por la espesura de la mar mi oído.

Quebrada está la luz que me pretende.
Mi sangre, por su pecho sorprendido,
larga semilla del temblor, asciende.



IV

En el principio del sollozo era.
Ya de perfil el ángel que se vuelve,
en brecha la fisura se resuelve,
desobedece el pan y el mar no espera.

Comienza a amanecer la calavera.
Su duro nardo en el trigal revuelve
y una quebrada máscara la envuelve
con tranquilo rigor en su frontera.

En la corona de los aires, tierno
y a la diestra de pájaros dormidos,
el descuidado pie toca el invierno.

Se apartan los cereales divididos
y entran los ojos en tenaz gobierno
a la altura animal del ciervo heridos.



V

Supe que por la vid ascendería
la niebla indestructible que me enlaza
y que a mis dedos la secreta caza
por lastimadas selvas llegaría.

Vi donde el llanto sus abejas cría
y el temblor con que el grillo se acoraza,
la estrella que la boca me embaraza,
y el caprichoso mar que me desvía.

Entró en la muchedumbre de mis venas
la brasa gris que por los cardos viaja
y organiza el sabor de las arenas.

Me vi nacer donde la avena cuaja,
pensada por cristales y azucenas
la geometría que en mi piel se aja.



VI

Con la primera llaga del narciso,
los huesos del becerro y las orugas,
entre partos de miel y ásperas fugas
cayó mi frente cuando el rayo quiso.

Combó la dulce muerte el pecho liso.
Su blando imán movía a las tortugas,
y preparaba gérmenes y arrugas
cuando quemó mi voz el brusco aviso.

Acacia desvaída entre las nubes:
con la amarilla sangre derramada,
por un costado de la noche subes.

Contigo, desde el mar, enamorada
una tranquila curva de querubes
vuelve a llamar en mi paloma anclada.



## VII

Acuérdate del rostro de la rosa,
de su rígida miel entrando al frío,
del paso frágil que se oyó en estío
cuando curva su luz la mariposa.

Enciérrate en tu lámpara copiosa,
que no podrás abrir la sal del pío
ni ceñirte los ojos con un río
para enmendar tu piedra rumorosa.

Sobre el nardo vendrá ceniza y oro;
sobre la miel la mano, tierra y heno,
el crecimiento del mortal tesoro.

Aparta de tu boca el rubio cieno.
Sellada está la limpidez del coro
y prohibidos la garza y el veneno.



## VIII

Mi entraña mereció, panal mestizo,
la incorruptible ley de tu voluta.
En cada nervio de clavel o fruta
un embozado arroyo de granizo.

La abeja por mi sangre se deshizo.
Vi las raíces de tu isla enjuta,
y el atisbo tenaz de la cicuta
mezcló a tu piel su aroma fronterizo.

Tiendo la mano para recogerla
y el lento cáliz de una llaga fría
estanca el iris de tu simple perla.

Me ciño a su enlutada melodía
quemándome sin fin por retenerla
en el doble rumor de mi agonía.



## IX

Yo te sentí, paloma, en las mejillas
recién salidas del manzano alerta.
Tu cauto pico me encontró despierta
deletreando arenales y gramillas.

Jugaba un aire enano en mis rodillas
cuando tu anunciación pasó mi puerta.
Liviano amanecer, mi frente abierta
sufrió la voluntad de las semillas.

Turbada transparencia me dejaste.
Porque tu blanca miel labró mis huesos
y en limo y hojarasca me encerraste.

Vuélveme por los cármenes ilesos
a la escasez de lengua en que me hallaste,
en un grano de azahar los labios presos.



X

El verano se agota en el racimo.
Ni avena, ni cigarra, ni amapola.
Ni el alga haciendo venas en la ola,
ni las tímidas ranas en el limo.

Ni la corteza que hasta el llanto oprimo
entre la tierna muchedumbre, sola,
hecha de sangre y labios la aureola
donde me corroboro y me lastimo.

Ni la centella que la liebre rubia
mueve entre los primores del rocío,
ni la humilde fragancia de la alubia.

Ni el caballo de sal que adiestra el río,
ni la múltiple espada de la lluvia,
dirán tu arisca huella, idioma frío.

*1942*



# ÍNDICE

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 25
DE SEPTIEMBRE DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CUA-
RENTA Y TRES, EN LA
IMPRENTA LOPEZ
PERU 666, BUENOS AIRES,
REPUBLICA ARGENTINA.